

## CAPITULO XI.

CATALUÑA.—PORTUGAL.—FLANDES.

LA PAZ DE WESTFALIA.

De 1643 á 1648.

Aspecto general de España despues de la caída del conde-duque.— Nueva vida y conducta del rey.—Francia despues de la muerte de Richelieu y de Luis XIII.—La reina Ana de Austria, regente del reino en la menor edad de Luis XIV.—El cardenal Mazarino.—Célebre batalla de Rocroy, funesta para España.—Toman los franceses á Thionville.—Batalla de Tuttlinghen, gloriosa para los imperiales y españoles.—Tratado entre Francia y la república holandesa.—La guerra de Cataluña.—Recursos que votan las córtes.—Don Felipe de Silva derrota á la Motte.—Jornada del rey: entra en Lérida.—Sitia el francés á Tarragona.—Huye derrotado.—Muere la reina doña Isabel de Borbon.—Vuelve el rey don Felipe á Aragon.—Desgraciada campaña de Cataluña.—Piérdese Rosas.—Triunfa el marqués de Leganés sobre el de Harcourt en Lérida.—Muere el principe don Baltasar Carlos.—Mudanza en la vida del rey.—Nombrá generalísimo de la mar á su hijo bastardo don Juan de Austria.—Privanza de don Luis de Haro.—Nuevo sitio de Lérida por el francés.—Defensa gloriosa.—Retirada del marqués de Aytona á Aragon.—Guerra de Portugal.—Torrecusa y Alburquerque.—El marqués de Leganés y el conde de Castel-Melhor.—Pasan siete años sin adelantar nada sobre Portugal.—La guerra de Flandes.—El duque de Orleans.—Pérdidas y reveses para España.—El duque de Enghien.—Division entre los generales españoles.—Nuevas pér-

didias.—El archiduque Leopoldo de Austria nombrado virey y gobernador de Flandes.—Vicisitudes de la guerra.—Tratado de Munster.—Reconoce España la independencia de la república holandesa.—Paz de Westfalia.

La alegría que embargaba al pueblo al ver satisfecho el afán de tantos años con la separacion del conde-duque, y el buen deseo que al propio tiempo le animaba, hacíanle creer, como en tales casos acontece siempre, y no era el vulgo solo el que alimentaba esta idea, que con la caída del privado se iban á remediar todos los males, á levantarse de su postracion la monarquía, y á recobrar ésta su antiguo lustre y grandeza. Esta disposicion de los ánimos es ciertamente ya un gran bien, y puede ser principio del remedio del mal.

Y en verdad el aspecto que presentaba el horizonte político dentro y fuera del reino era muy otro. El rey, apartado de la vida de disipacion y de placeres en que le tenía sumido el favorito, se dedicaba al estudio y al despacho de los negocios, y los consejos volvieron á sus antiguas funciones, distribuyéndose convenientemente los trabajos. La reina habia recobrado su merecida y legitima influencia, y la influencia de la reina Isabel era en este tiempo muy saludable. Los mismos amigos del ministro caído ponian buen rostro á la mudanza de las cosas, y ayudaban al nuevo gobierno, siquiera por no perder lo que les quedaba. Los perseguidos y oprimidos por el conde-



duque iban siendo colocados ó repuestos en los cargos mas importantes, y algunos eran para ello traídos del destierro ó sacados de las prisiones. Asi se vió al marqués de Villafranca, duque de Fernandina, volver al generalato del mar; al bueno, al generoso almirante de Castilla Enriquez de Cabrera, ser destinado al vireinato de Nápoles, en reemplazo del duque de Medina de las Torres, sobrino del de Olivares, contra el cual se habia levantado gran clamor en aquel reino: á don Francisco de Quevedo, el severo censor de los desvarios del conde-duque y de la corrupcion de la córte, salir del cautiverio de Leon, donde tantos años le tuvo la mala voluntad del ministro que no sufría censura: á don Felipe de Silva, noble portugués y valeroso capitan de los tercios de Flandes, el triunfador de Fleurus y de Maguncia, á quien el conde-duque por injustas sospechas de deslealtad cuando la revolucion portuguesa hizo reducir á prision como al príncipe don Duarte, ser nombrado capitan general del ejército de Cataluña en reemplazo del desgraciado marqués de Leganés, el favorecido del de Olivares. Asi se iba remediando mucho; aunque no todo, como se irá viendo, se hacia con acierto.

Por otra parte la muerte del gran cardenal de Richelieu, á quien no porque fuese el mortal enemigo de España dejarémos de reconocer como el mayor político de su siglo, y que supo elevar la Francia á un grado admirable de poderío y de grandeza: la muer-

te, decimos de Richelieu era para nuestra monarquía uno de los sucesos mas prósperos que podian haber coincidido con la caída del desatentado ministro español que quiso ser su rival. El rey Luis XIII de Francia no sobrevivió al cardenal sino el tiempo indispensable para ejecutar las últimas órdenes de su ministro, y como á la muerte de Luis XIII. (14 de mayo, 1643) quedaba la reina doña Ana de Austria, hermana de nuestro rey don Felipe IV., gobernando aquel reino como regente y tutora de su hijo, príncipe de solos cinco años, todo inducia á creer que la Francia por las discordias consiguientes á los reinados de menor edad, habia de enflaquecerse; y por los lazos de la sangre entre aquella reina y nuestro rey, faltando ya nuestro terrible enemigo Richelieu, habia de sernos menos hostil. Una paz con Francia, y deseaban la paz las potencias de Europa, era lo que nos habria podido rehabilitar para reparar los desastres de Cataluña, prepararnos á la recuperacion de Portugal, y conservar lo de Italia y lo de Flandes. Pero si bien parece haberse pensado en ello bajo la base del matrimonio de la infanta María Teresa con el delfín, es lo cierto que en los consejos del rey don Felipe después de la caída del de Olivares, tras de larga discusion, prevaleció la resolucion de continuar la guerra abriendo nueva campaña en Cataluña, sin dejar de poner en defensa las plazas de la frontera de Portugal (1).

(1) «Diéronse, dice un historiador de aquel tiempo, algunas



Mas antes de referir lo que pasó en estos dos puntos extremos de nuestra península, cúmplenos observar que contra todo lo que parecia deber esperarse, nada nos fué mas funesto que el golpe que de Francia recibimos inmediatamente despues de la muerte de Luis XIII. y calientes todavía, por decirlo así, sus cenizas. Ya no nos eran favorables las miras y disposiciones que hacía nosotros animaban al cardenal Mazarino, digno sucesor de Richelieu, el ministro privado de la reina madre como Richelieu lo habia sido de Luis XIII.; hombre no menos ambicioso que él, y si no tan gran político, mas astuto y sagaz, y mas sereno é impassible, sobradamente conocido ya de los españoles, como quien al principio de su carrera habia estado al servicio de España. Pero el primer golpe nos vino mas de los hombres de la guerra que de los hombres políticos que formaban el consejo de la re- gencia de la reina viuda.

Dejamos dicho atrás que el punto ea que se habian sostenido con gloria las armas de España eran los Países Bajos. Pero la desgracia andaba ya con nosotros en todas partes. El cardenal infante don Fernando, que con tantos esfuerzos habia sostenido y con tanta prudencia gobernado las provincias fla-

muestras de querer tratar de paz... decian que toda la Francia la queria y la deseaba; solo el príncipe de Condé no venia en ella. Finalmente hoy que es el 4.º de noviembre no hay señal ningun-

na de demostracion, ni de poder arribar á ningun tratado, ni se ha enviado embajador de cuenta por la una ni por la otra parte.» Vivanco, Hist. de Felipe IV. lib. XL.

mencas, fué acometido en el campamento de una fiebre maligna, que cayendo en un cuerpo harto quebrantado ya con las fatigas y trabajos le obligó á retirarse á Bruselas, donde al fin sucumbió (9 de noviembre, 1641), tan llorado del ejército como nunca bastante sentido en España, para cuyo reino era una pérdida irreparable. Fué esta una de las mayores desdichas que en aquellos años fatales experimentamos. Reemplazóle en el gobierno una junta compuesta de don Francisco de Melo, conde de Azumar, el marqués de Velada, el conde de Fontana, que eran los gefes de las armas, el arzobispo de Malinas, y Andrea Cantelmo. Luego la córte de España nombró gobernador único, en tanto que iba alguna persona real á don Francisco de Melo, noble portugués, que habia desempeñado el vireinato de Sicilia y la embajada de Alemania, y de los pocos portugueses que despues de la revolucion de su reino permanecieron fieles á España.

No dejó de sonreír en el principio la fortuna á Melo y á nuestras tropas de Flandes. Tocóle á aquél la suerte de recobrar á Ayre, tomó la plaza de Lens, y sobre todo dió una famosa batalla en Honnecourt contra los mariscales franceses Harcourt y Granmont, en que despues de haberles cogido toda la artillería y municiones, con muchas banderas (que luego fueron traídas á España y colgadas en los templos), dejó el ejército enemigo tan derrotado, que el de Granmont no paró en su fuga hasta San Quintín con cinco esca-



sos escuadrones sin oficiales (1642). Esta victoria, que valió á Melo el título de marqués de Torrelaguna con grandeza de España, en lugar de servir para facilitar otras conquistas, no sirvió sino para adormecer á nuestros generales y causar escisiones entre ellos.

En tal estado, y viendo las provincias de Flandes nueva y muy sériamente amenazadas por la Francia, dióse orden al de Melo para que abriese pronto la campaña y distrajese por aquella parte á los franceses.

Reunió pues el de Melo un ejército de diez y ocho mil infantes y dos mil caballos, y llevando por generales al duque de Alburquerque y al conde de Fuentes, se fué á poner sitio á Rocroy, plaza de la frontera de Francia de parte de las Ardenas, con la idea de que si lograba tomarla podría penetrar hasta la capital, y apresuró el ataque por si lograba apoderarse de ella antes que pudiera recibir socorros. Pero un ejército francés igualmente numeroso que el nuestro se puso inmediatamente en marcha en socorro de la plaza amenazada. Mandábale un general que apenas contaba veinte y dos años, pero que de inteligencia, impetuosa y bravura había dado ya brillantes pruebas en varias ocasiones. Era éste el jóven duque de Enghien <sup>(1)</sup>. Acompañábanle los generales Gassion, d'Hopital y Espenan. Contra el dictámen del maris-

(1) Llevaba entonces este título el Gran Condé. lo el que después fué conocido por

cal de l'Hopital, que llevaba orden de contener la impetuosa del jóven príncipe, colocó el de Enghien su ejército, luego que reconoció el campo enemigo, en disposición de atacar el español. Puestos ya en orden de batalla uno y otro ejército, pasaron así toda la noche (del 18 al 19 de mayo, 1643). Al amanecer del 19 mandó el príncipe de Condé (el duque de Enghien) atacar con vigor á mil mosqueteros españoles que ocupaban un pequeño bosque, y del cual fueron arrojados después de una obstinada defensa.

Hízose después mas general el combate. No describiremos las diferentes evoluciones que unos y otros ejecutaron, y los trances y fases que fué llevando la batalla. Baste decir, que después de seis horas de encarnizada pelea, en que la victoria pareció inclinarse mas de una vez en favor de los españoles, se declaró al fin decididamente por los franceses, en términos que fué uno de los desastres mas terribles y funestos que en mucho tiempo habían sufrido las armas de España. Hiciéronnos seis mil prisioneros, y quedaron ocho mil muertos en el campo: cogiéronnos diez y ocho piezas de campaña y seis de batir, y perdimos doscientas banderas y sesenta estandartes. El conde de Fuentes, que acosado de la gota se había hecho conducir en una silla para mandar la acción, perdió la vida gloriosamente después de haber resistido briosamente tres ataques. Con él perecieron muy bravos capitanes y maestros de campo. El enemigo



no compró el triunfo sin sangre. El de Melo recogió las reliquias de nuestro destrozado ejército y se retiró con ellas. Tal fué la tristemente famosa batalla de Rocroy, dada á los cinco dias de la muerte de Luis XIII., y que si para España funesta, pareció feliz presagio á los franceses para el próspero reinado del niño Luis XIV. que bajo la tutela de su madre se mecia entonces en la cuna. Quedaron allí desgarradas las banderas de los viejos tercios españoles de Flandes, terror en otro tiempo de Europa. Y lo peor era que no habia modo de reparar la pérdida de hombres y de dinero, y que iba á quedar á merced de los vencedores aquel pais por cuya conservacion se habia derramado tanta sangre y consumidose tanto tesoro (1).

El de Enghien, despues de descansar dos solos dias en Rocroy, que no era el genio del jóven general para darse ni dar á sus tropas mucho reposo, fuése á acampar á Guisa, y aunque resuelto ya á poner sitio á Thionville, á fin de disimular y con el objeto de distraer á los enemigos entróse en el Henao, tomó algunos fuertes, asustó á los gobernadores de Flandes adelantando algunas partidas casi hasta Bruselas, y luego se puso delante de Thionville, plaza importan-

(1) Las historias de Francia, de Flandes y de España.—Murieron tambien el conde de Villalba, y los maestros de campo Velandia y Castelbi: el duque de Alburquerque recibió una estocada sobre el lado derecho que le pasó el colete y jubon, pero defendióle, dicen, un escapulario de Nuestra Señora del Cármen que llevaba.

tísima sobre el Mosa, que cubria á Metz y abria el camino para el ducado de Tréveris. La plaza, aunque defendida solo por mil doscientos españoles, y batida por toda la artillería francesa con mas de diez y siete piezas que se llevaron de Metz, circunvalada por veinte mil hombres, minada, y muchas veces asaltada, se sostuvo con gloria por espacio de dos meses hasta que murieron el gobernador y las dos terceras partes de sus defensores, y rindióse á los treinta dias de abierta trinchera (22 de agosto, 1643), saliendo aquellos con todos los honores de la guerra, y quedando el ejército francés tan rendido y maltratado, que no se atrevió el de Enghien á acometer por algun tiempo empresa de consideracion. Reparó las fortificaciones, limitóse á ocupar algunos pequeños castillos entre Thionville y Tréveris, y volvióse á París, donde recogió los aplausos que habia ganado, dejando el mando de las tropas al duque de Angulema.

Perdió con esto el de Melo toda la reputacion que el año anterior habia adquirido; pedian los Estados su separacion, y la córte de España despues de algunas dudas nombró para sustituirle al conde de Piccolomini. Pero en tanto que iba, tuvo el de Melo la fortuna de reponerse en el concepto público por haber contribuido con un socorro oportunamente enviado á un gran triunfo que las armas imperiales y españolas alcanzaron en la Alsacia. Habia invadido esta provincia el general francés Rantzau con diez y ocho mil



hombres, al intento de lanzar de ella á los españoles y alemanes. Ocurrióle á don Francisco de Melo enviar á los generales del imperio que allí habia, duque de Lorena, Mercy y Juan de Wert, un refuerzo de dos mil infantes y otros dos mil caballos, al mando del intrépido comisario de la caballería don Juan de Vivero. Dióse la batalla en las cercanías de Tuttlinghen, condujéronse con tal bizarría los imperiales, y llegó tan á punto el socorro enviado por Melo, que la derrota de los franceses no pudo ser mas completa: quedó prisionero Rantzan, con todos sus generales y oficiales, cogiéronseles cuarenta y siete banderas y veinte y seis estandartes, catorce cañones y dos morteros con las municiones y bagages. Debióse principalmente tan completa victoria á la caballería mandada por don Juan de Vivero, con lo cual no solo ganó este gefe fama y renombre de gran soldado, sino que desde entonces y al revés de lo que siempre habia sucedido, cobró la caballería española gran superioridad sobre la infantería, que fué un notable cambio en la reputacion de ambas armas.

El triunfo de Tuttlinghen, fué una buena compensacion de la derrota de Rocroy, y hubiera mejorado notablemente nuestra comprometida situacion en Alemania y en Flandes, si para sacar partido del último suceso no hubieran andado los nuestros tan flojos como activos anduvieron los franceses y holandeses para estrechar su alianza y unir sus fuerzas. Que esto

los avivó para celebrar un nuevo pacto de union entre la reina regente de Francia, á nombre del rey menor Luis XIV. su hijo, y los Estados generales de las provincias Unidas de Holanda <sup>(1)</sup>.

Veamos ya lo que entretanto habia pasado dentro de nuestra península por Cataluña y Portugal.

Cuando se determinó abrir la compañía por Cataluña, hubiérase de buena gana emprendido tambien la de Portugal, si las fuerzas hubieran alcanzado para ello. Porque los portugueses, alentados con la debilidad que observaban por parte de España, si bien no estaban todavía para emprender cosa formal contra Castilla, hacian atrevidas incursiones dentro de nuestras tierras, asi por la provincia de Beyra, como por la de Tras-os-Montes y de Entre-Duero-y-Miño, sin que ni el duque de Alba por la parte de Ciudad-Rodrigo, ni el conde de Santisteban por la de Extremadura pudieran tampoco acometer empresa formal contra aquel reino por falta de gente, limitándose á algunas incursiones, y haciendo unos y otros mas bien una guerra vandálica de incendio, de saqueo, y de robo de ganados, que una guerra propia de dos naciones. Serviales esto, no obstante, á los portugueses para ejercitarse en las armas, y dábales tiempo á prepararse para cosas mayores. Mas no podia, como

(1) *Pacta confederationis et societatis inter Regem Ludovicum XIV. et Ordines generales Provinciarum Unitarum in Belgio; inita Haye Gomitis anno 1644 calendis martii.—Pacta Galie cap. LXVIII.*



hemos dicho, atenderse á todo; y así redujéronse al pronto todos los medios á mandar á los señores y á las milicias de Andalucía y Extremadura que acudiesen á la defensa de la frontera de Portugal, y atendióse con preferencia á lo de Cataluña, porque la Motte-Houdencourt amenazaba á Aragon, cuyas plazas estaban en su mayor parte indefensas, y pudiera fácilmente internarse hasta el corazon de Castilla.

Y no sabemos cómo esto no sucedió; porque nuestras tropas desde aquella desgraciada accion de las Horcas apenas soportaban ya la vista del enemigo. Así aconteció en el sitio que pusieron á la villa de Flix (1643), que acudiendo la Motte y acometiendo nuestro campo, dejaron en él los nuestros doscientos muertos y quinientos prisioneros, huyendo los demas, gefes y soldados, abandonando cañones, banderas, municiones y bagages. Los soldados desertaban y se iban á sus casas, como al principio de la guerra.

El nombramiento de don Felipe de Silva para el mando en gefe de aquel ejército, y los esfuerzos que se hicieron para aumentarle, dieron ya otro aspecto á las cosas. Las córtes de Castilla, ya que la situacion del reino no les permitia otorgar al pronto recursos, concedieron un servicio de veinte y cuatro millones pagaderos en seis años (23 de junio de 1643), que empezaria á correr en 1.º de agosto de 1644 (1). Por

(1) Coleccion de Córtes, en el de Castilla. Archivo de la suprimida Cámara

fortuna llegó á tiempo la flota de Méjico con los galeones cargados de plata, que vino oportunamente para pagar y mover las tropas que de todas partes se recogian. El marqués de Torrecusa pudo obtener de Nápoles su patria hasta cuatro mil soldados; reclutó el de Villator un buen tercio en Cerdeña; Valencia, Andalucía y Aragon aprontaron cada una buen golpe de gente, con que pudo reunirse en la frontera de Aragon y Cataluña un ejército de cerca de veinte mil hombres. Determinó el rey hacer otra vez jornada á Aragon, y así se lo habian suplicado tambien de aquel reino; no como en tiempo del conde-duque para permanecer como enjaulado en Zaragoza y pasar el tiempo entre jnegos circundado de cortesanos, sino para presenciar las operaciones de la guerra, y atender á todo, y alentar, ya que no dirigir á generales, cabos y soldados. Dejó pues encargado el gobierno á la reina, y él fué á alojarse á Fraga, en tanto que don Felipe de Silva, despues de haber recobrado á Monzon, ponía sitio con quince mil hombres á la plaza de Lérida (marzo, 1644).

Antes de terminarse las obras del sitio, presentóse la Motte, y por medio de una hábil maniobra metió socorro de hombres y municiones en la plaza; pero acometido por el de Silva, despues de un reñidísimo combate fué derrotado el francés, dejando en el campo sobre dos mil muertos y mil quinientos prisioneros, y huyendo hácia Cervera los pocos que quedaban (15